

EL ARTE EN CHILE, 1 .a PARTE
(Hasta el Siglo XVIII)

BIBLIOTECA FUNDAMENTAL
EDUCACIÓN MEDIA CHILENA

**LA PINTURA
EN EL
PERIODO COLONIAL**

**“USO EXCLUSIVO DE VITANET,
BIBLIOTECA VIRTUAL, 2003”**

V. LA PINTURA EN EL PERIODO COLONIAL



"La Virgen con el Niño, San Francisco y Santa Clara", óleo de Angelino Medoro, 1602 (detalle).

1. ANTECEDENTES

Este periodo del dominio español se extiende desde fines del siglo XVI hasta la primera década del siglo XIX.

Las primeras pinturas que llegaron al país lo hicieron por barco o a lomo de mula. Pasó largo tiempo antes que aparecieran manifestaciones pictóricas creadas por los artistas criollos.

En América, durante el siglo XVI e inicios del XVII, surgen escasos pintores. El dominio sin contrapeso que ejercen las pinturas y los artistas europeos, españoles, flamencos e italianos durará por largo tiempo, sirviendo a su vez de patrón inspirador para los artistas indígenas y mestizos.

La pintura no está ajena al dominio del pensamiento y de la religiosidad hispánica. La pintura es una forma de conquista de la mente y del espíritu del indio, a través de la enseñanza de los más diversos textos religiosos, transformados en pinturas o escul-

turas. Esta finalidad didáctica es semejante a la desplegada por el arte medieval.

Los pintores coloniales realizaron su arte para la fe católica, como un medio de elevar las almas en el conocimiento de ella. La mayoría de las veces los valores religiosos opacaban los valores pictóricos, en beneficio de la fe católica. Esta fe hizo que cientos de obras quedaran sin firma, anónimas, mientras que en Europa se busca desde el Renacimiento la individualización de cada obra y cada artista como producto de las nuevas concepciones filosóficas y estéticas centradas en el humanismo.

2. LOS GRANDES CENTROS DE ARTE EN AMERICA

El virreinato del Perú fue, sin lugar a dudas, uno de los centros del desarrollo artístico americano, el cual fue visitado durante su primera época por artistas europeos y americanos. Sus discípulos se dedicaron preferentemente a la labor de enseñar el oficio y a fundar escuelas locales, cuya temática está centrada en la vida de Jesús y de la Virgen, la vida de los santos, escenas de la Biblia, y, en último término, el retrato.

Destacan entre estos pintores europeos el jesuita Bernardo Bitti (1548-1610), cuya formación era manierista. Es, sin dudas, el iniciador de la temprana escuela colonial de pintura.

El romano Angelino Medoro (1576-1631) realiza su obra a través de largos años en Colombia y Perú. Otro romano, Mateo Pérez de Alessio, precedido de fama en su país, llega a Lima a realizar un importante conjunto de obras murales, hoy desaparecidas en su mayoría, por diversas y desgraciadas causas.

De este modo, la pintura del siglo XVI e inicios del XVII queda marcada por la poderosa influencia italiana en el Virreinato del Perú.

Son característicos al estilo manierista: el alargamiento de las figuras, la idealización de la belleza de los rostros de las vírgenes. El tratamiento de cristos, ángeles y otros personajes religiosos se hace a la manera renacentista, las figuras del primer plano se caracterizan por sus colores intensos, cálidos y en los fondos se recurre a formas arquitectónicas sometidas a perspectivas lineales a la manera del renacimiento.

— **Obras de Angelino Medoro en Chile.** “La virgen con el niño, San Francisco y Santa Clara” (1602), hoy en el monasterio

de Santa Clara de Puente Alto. Es la pintura colonial fechada más antigua en Chile.

— **Otras manifestaciones: los cronistas dibujantes.** En los primeros años del siglo XVII visita el país el español Diego de Ocaña. (1570-1608). Describe y dibuja el desastre de Curalaba; bosqueja con realismo estampas de indígenas. De su obra nada quedó en el país. En la biblioteca de la Universidad de Oviedo se conserva su manuscrito.

—**Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán.** (1607-1679). Autor del “Cautiverio Feliz” que ilustró con cinco dibujos; su obra tiene más valor histórico que plástico.

—**El padre Alonso de Ovalle (1610-1651).** Este sacerdote, autor de la “Histórica Relación del Reino de Chile”, realizó algunos bosquejos simples para los grabados que ilustran su obra, aparecida en Roma en 1646.

3. LA INFLUENCIA FLAMENCA

El arte flamenco viene a reemplazar, a partir de 1620, la influencia italiana y española que había imperado hasta entonces.

Este arte llega al continente principalmente a través del grabado.

Los artistas coloniales tienen en el grabado el elemento principal como fuente de inspiración y lo utilizarán hasta fines del siglo XVIII.

El artista flamenco que mayor influencia ejerce en la pintura hispanoamericana es Pedro Pablo Rubens (1577-1640).

—**Elementos característicos de la influencia flamenca en la pintura colonial.** Se advierte esta influencia en los fondos de paisajes que muestran montañas escarpadas y riachuelos translúcidos, ciudades del medievo y una flora nórdica que nada dice con la fabulosa vegetación americana, la organización y agrupación de las figuras en el espacio, las actitudes y la ornamentación a base de guardas de flores y frutas que sirven de marco a las escenas o figuras.

—**Diego de la Puente (1586-1663).** Es, sin lugar a dudas, el pintor flamenco de más jerarquía que llega al Virreinato del Perú durante el siglo XVII.

Se conserva de este pintor en el Museo de la Catedral de Santiago el gran cuadro “La Última Cena”. Probablemente, esta tela fue pintada en Chile. Se caracteriza por su estilo tenebrista, donde los rostros luminosos destacan de los fondos oscuros, gran expresividad y búsqueda de individualidad.

4. LA INFLUENCIA ESPAÑOLA

El legado de la plástica hispana se hace sentir fuertemente en el siglo XVII hasta mediados del XVIII. Con posterioridad llegan las influencias francesas.

La influencia hispánica se hace sentir a través de la obra de Zurbarán y Murillo, y la escuela hispanoamericana se enriquece con el aporte de estos pintores.

Llegan cuadros de Zurbarán a Lima y Buenos Aires. El Cuzco, a partir de 1650, ve enriquecida su visión pictórica con el aporte hispánico que se apega al italiano y flamenco y por los aportes de la expresión indígena. Así, la pintura cuzqueña llega a su cúspide entre los últimos años del XVII y los inicios del

XVIII.

Este auge y período de oro del arte colonial llega también a Chile, que importará obras cuzqueñas y de otros destacados centros hispanoamericanos.

5. LOS GRANDES MAESTROS COLONIALES Y SU INFLUENCIA EN LA PINTURA POPULAR

Surge lentamente una nueva cultura apoyada en dos elementos básicos, Dios y el Rey. Una vez afianzada la conquista, se desarrolla plenamente el arte colonial.

Las lecciones del arte europeo han dado frutos generosos; numerosos centros y talleres de arte se han desarrollado en toda América. El trabajo es abundante para ornamentar iglesias, monasterios, edificios civiles y casas particulares, que nacen en las diferentes ciudades del continente. El arte colonial alcanza su época de oro a fines del siglo XVII y en las primeras dos décadas del XVIII.

Artistas americanos con gran talento toman en sus manos el arte y logran una gran síntesis de lo europeo y lo indígena, dando origen a una nueva expresión.

Este auge artístico se hace sentir desde el Virreinato de México o Nueva España hasta la Audiencia de Charcas, la actual Bolivia, como lenguaje de la cultura colonial que posee sus propios valores.

Cuzco pasa a ser el principal centro artístico del Virreinato del Perú con características populares. El trabajo se realiza en forma artesanal, anónima y colectiva. La técnica refleja rapidez de ejecución y muestra aspecto primitivo al soslayar el naturalismo. Se retorna a las composiciones planas y frontales, a estereotipos en la representación de la figura humana, rostros inexpresivos, dibujo ingenuo, utilización de colores puros, lográndose gran intensidad cromática.

Durante la Colonia, Chile compra pinturas no sólo del Cuzco, sino también de Potosí y Chuquisaca, y de Quito, la capital de Ecuador. La pintura, una vez más, ha servido como elemento decorativo y didáctico. De este modo llegan al país, en el siglo XVII, las pinturas de Diego Quispe Tito y su grupo, que continúa la tradición flamenca, y del grupo que dirigía Basilio de Santa Cruz Pumacallo, que inspiraba su expresión plástica en el barroco hispano.

En el siglo XVIII llegan al país obras de Marcos Zapata, artista importante en su medio, y de Isidoro Francisco de Moncada,

- ambos pintores cuzqueños. Sin embargo, la gran mayoría de las obras que llegaron a Chile son anónimas.

6. ALGUNAS COLECCIONES DE PINTURA COLONIAL EN CHILE

—**La colección del Museo de San Francisco.** Sin lugar a dudas, la colección más importante de pinturas llegadas del Cuzco a Chile la constituyen los 54 lienzos sobre la “Vida de San Francisco de Asís”, que guarda hoy la iglesia franciscana de nuestra capital. Se cree que a lo menos seis pintores trabajaron en ella; entre ellos, Juan Zapaca Inga, Basilio Santa Cruz, Pedro Loayza, Juan Espinosa de los Monteros y Bartolomé de Cárdenas.

La narración pintoresca y anecdótica anima las diferentes escenas, donde la imaginación popular de los pintores indígenas recrea la pintura barroca llegada de Europa.

—**La serie del Corpus Cristi de Santa Ana.** Estas dieciséis telas representan un precioso legado de pintura religioso-costum-

brista, que describe la conmemoración del Corpus por diversas procesiones de diferentes santos y cofradías. Tres de estas telas se encuentran en una colección particular, en Chile.

—**Otras pinturas del siglo XVII.** En el convento del Carmen Alto o Carmen de San José en Santiago, se conservan trece telas de gran tamaño sobre la vida de Santa Teresa de Avila, conocida como “La Serie Grande”, y diecinueve lienzos de menores dimensiones, conocidos como “La Serie Chica”, esta última de menor valor artístico.

En el Museo Nacional de Bellas Artes se encuentra el óleo de “Santa Apolonia”, anónimo que recuerda las santas de Zurbarán. Sobre un paisaje flamenco semejante al anterior está pintado el “Cristo en el río Jordán”, del Museo de San Francisco.

—**La pintura en el siglo XVIII.** A este siglo pertenece la serie de cuarenta y siete lienzos sobre la vida de “San Diego de Alcalá” que se conserva en el Museo de San Francisco. Su calidad no es pareja; debió ser pintada en algunos de los grandes talleres del Cuzco.

Marcos Zapata es autor de las veinticuatro telas sobre “La Vida de San Francisco”, que se conserva en el Monasterio de las Capuchinas de Santiago. Isidoro de Mondaca realizó la serie de cuarenta lienzos de la “Vida de San Pedro de Alcántara”. Sólo siete de ellas se conservan en el Museo de San Francisco. El anónimo cuzqueño de notable calidad es el “San Vicente Ferrer”, que se conserva en la Casa Jesuita de Calera de Tango.

De estas pinturas de carácter ingenuo destacan la “Anunciación y sueño de San José”, anónimo del siglo XVIII, por su fresco colorido, donde juegan las armonías contrastantes de rojos y verdes. El “Cristo de Mayo entre la Dolorosa, San Juan, la Magdalena y una religiosa”, anónimo del siglo XVIII, que se encuentra en el Monasterio de las Carmelitas, es otra obra de la pintura colonial chilena. Esta tela aborda con ingenuidad el tema, que de-nota la influencia de la escuela flamenca por las guirnaldas de flores que acompañan la composición. Los blancos duros y los rojos destacan del tono borroso general de la obra. El modelo que inspiró el cuadro es la famosa escultura del “Cristo de Mayo” de la iglesia de San Agustín de Santiago.

El “San Francisco”, que se encuentra en el Museo de San Francisco de La Serena, anónimo del siglo XVIII, podría ser tan-

to altioplánico como chileno. Es una tela de un primitivismo candoroso, cuyo colorido muestra la influencia de la escuela popular del Alto Perú.

—**El retrato durante la colonia.** Son muy raros de encontrar los retratos del siglo XVII.

En los cuadros de la serie “La Vida de San Francisco” pueden observarse excelentes retratos que pudieran atribuirse al pincel de Basilio Santa Cruz y a Juan Zapaca Inga.

Destaca dentro del género la tela del siglo XVIII del “Retrato del Obispo” don Manuel Alday y Aspée, hoy en el Museo Histórico Nacional. Es un buen retrato realizado en Lima por José Legarda en 1772, donde a través del dibujo y del color logra aprehender la personalidad del retratado.

El retrato del “Obispo Francisco José Marán”, pintado por el chileno Joaquín Mesías, es una obra de las postrimerías del período colonial. Su mayor mérito consiste en ser obra de un pintor de esta tierra.

—**Las pinturas murales.** Durante la colonia hubo en Chile, al igual que en el Perú o en la antigua Audiencia de Charcas, un gran número de edificios, iglesias, capillas y conventos donde las pinturas animaban los muros con escenas y símbolos que el tiempo borró.

Los escasos ejemplos que sobreviven poseen gran interés artístico; están en las iglesias de Parinacota, Pachama y Sotoca. Estas pinturas son de fines del siglo XVIII y poseen técnicas similares a las del Cuzco. Caracteriza a estos murales la frondosidad decorativa, el tratamiento costumbrista del vestuario, utensilios e instrumentos, la representación sistemática del paisaje y ambiente y el dramatismo extremo de las figuras. Estas son obras anónimas y populares.

La restauración de San Francisco en Santiago ha permitido rescatar parte de los murales que representan “La Flagelación”. Esta pintura, al igual que la pintura al óleo, cumplía la función de enseñar y ornamentar.

7. LA PINTURA CUZQUEÑA AL PROMEDIAR EL SIGLO XVIII

Existe una enorme actividad que denota el apogeo de este centro. La ejecución se hace menos cuidadosa y los dorados más

abundantes. Aparece en este período el alma indígena ingenua y plena de fantasía; en consecuencia, los decorados se hacen abundantes y los colores se tornan intensos y planos.

8. LA PINTURA DE ALTO PERU (BOLIVIA)

De Melchor Pérez de Holguín (1660-1724) se conserva en el Museo Nacional de Bellas Artes el “San Francisco de Paula”; Pérez de Holguín es el pintor de santos y ascetas.

En el museo del convento de La Merced se conserva la tela “La huida de Egipto”, de hermoso e ingenuo costumbrismo.

Gaspar Miguel Berrío. Se guarda en el Museo Nacional de Bellas Artes su “Patrocinio de San José”, fechado en 1747. Se identifica su pintura por el gusto, por el detalle y su carácter decorativo.

9. PINTURA QUITEÑA EN CHILE

Esta pintura es de carácter más europeo, reflejándose la influencia indígena en el siglo XVIII, en la estereotipación de las formas humanas, las que ofrecen un aspecto amanerado y afable.

En el monasterio de las Capuchinas, de Santiago, se conservan once lienzos quiteños que parecieran pertenecer al pintor Miguel de Santiago. Están relacionados con el himno cristiano del “Alabado” en honor a la virtud y virginidad de María.

Otro, cuadro quiteño es la “Coronación de la Virgen”, anónimo del siglo XVIII, que se conserva en el Museo O’Higiniano de Talca. Esta tela muestra influencias del rococó francés, en la cual se representan figuras claras sobre fondos claros y aéreos.

10. LA ESCULTURA EN LA COLONIA

Las primeras imágenes milagrosas llegan al país con los conquistadores. Destacan, entre ellas, la “Virgen del Socorro”, traída por Pedro de Valdivia y trasformada en la protectora de la empresa de la conquista. Es una pequeña escultura de madera tallada, y luego policromada, de procedencia napolitana. Hoy se encuentra en el altar mayor de San Francisco.

— La “Virgen de la Merced”. Habría sido traída a Chile en 1548 por el mercedario Antonio Correa. Esta escultura no es de talla completa sino de las denominadas “de candelero o bastidor”.

que tienen la cara y las manos talladas y el cuerpo compuesto de una armazón de madera, cubierta con suntuosos vestidos.

Este tipo de imágenes son más baratas y rápidas en su ejecución; abundaron en la colonia. “Nuestra Señora de las Nieves” se conserva en la iglesia del Sagrario, en Concepción; también es imagen de candelero. Era la protectora de la ciudad de La Imperial y llegó al país en 1569.

--“**El Cristo de Burgos**”. Se supone que esta talla llegó al país en 1594. Es de tamaño natural, de gran dramatismo reflejando el espíritu de su tiempo. Es una de las hermosas esculturas de la época.

— **El “Cristo de Mayo”**. Del siglo XVII es, sin lugar a dudas, el más famoso por estar tan ligado a nuestra leyenda popular. Se encuentra en la iglesia de San Agustín. Su autor fue el padre agustino Pedro de Figueroa. Es una escultura casi de talla natural policromada, de factura ruda y primitiva. El rostro destaca por su terrible expresión dolorosa; el tronco y las piernas fueron tallados de manera esquemática sin mayor conocimiento anatómico y del relieve de bulto redondo.

Las imágenes traídas de España sirven de modelo en Hispanoamérica y se copian dando origen al arte del tallado en madera. A medida que avanza el siglo XVIII se va convirtiendo también en arte popular.

Este arte llega de Sevilla, ciudad donde la talla de bulto o completa tiene un centro de desarrollo importantísimo.

A Lima, Quito, Potosí y a las principales ciudades del virreinato llegan no sólo esculturas provenientes de España, también llegan escultores en busca de nuevos horizontes.

Durante el siglo XVII la escultura española influye en el Virreinato peruano. En el siglo XVIII; desaparecida la influencia directa de los maestros españoles, toman su lugar los artistas locales criollos, mestizos y aborígenes, que otorgan a las obras un nuevo espíritu. Surgen tres escuelas escultóricas importantes en el Virreinato, que se diferencian por su técnica y estilo: la limeña, la altoperuana y la quiteña. La quiteña alcanza tal fama y desarrollo que sus obras llegan a todo el continente sudamericano durante el siglo XVIII y mediados del XIX.

La popularización hace buscar procedimientos que sean más rápidos para atender la demanda de imágenes religiosas. La talla

de bulto redondo cede paso a la imagen de candelero o bastidor, la que alcanza enorme difusión.

Con sentido efectista, a estas imágenes se les colocan ojos de cristal, pelo natural, dientes humanos, lenguas de cuero, silicios y coronas, lográndose resultados a veces aterradores.

— **Las esculturas españolas, peruanas y altoperuanas en tierras chilenas.** Dos esculturas españolas, dentro de la técnica del tallado, destacan por su calidad. Ellas son: la “Piedad con Cristo Muerto” del siglo XVIII en el Museo del Carmen de Maipú y la “Inmaculada”, siglo XVIII, en el Museo de Valdivia.

A Gaspar de la Cueva se le atribuye el excelente “Cristo Resucitado” del Museo Colonial de San Francisco. Este escultor sevillano muestra la influencia de Juan Martínez Montañez, la máxima figura del barroco escultórico español. La obra muestra espiritualidad y naturalismo. De proporciones esbeltas y vigorosas, el rítmico movimiento del drapeado de la túnica y el rostro, de armoniosas y melancólicas facciones, hacen de ella una obra singular y cumbre del estilo.

El “Crucificado” es anónimo peruano del siglo XVIII. Su inspiración deriva del barroco hispánico. Su anatomía acusa exageraciones en la zona torácica y cierto tratamiento aplanado de los volúmenes. El desfallecido rostro delata el origen peruano de la talla de maguey y de madera.

La “Inmaculada” es una pequeña talla de versión popular del siglo XVIII que se conserva en el Museo Colonial de San Francisco. Esta obra de bulto es de concepción barroca tanto por el movimiento de los paños como por el uso del oro que le cubre prácticamente el traje. Esta aplicación de pan de oro se conoce como “estofado”.

—**Ejemplos de la escultura quiteña en Chile.** La gran mayoría de las esculturas de esta escuela pertenecen al siglo XVIII. Dos grandes artistas caracterizan el período; uno de ellos, el mestizo Bernardo Legarda, y el otro, el indio Manuel Chili, apodado Caspicara.

La escultura quiteña se distingue por el encarnado rosa de brillante superficie, en manos, rostros y cuerpos de las formas humanas; por la serena amabilidad de las representaciones y por mantener, por lo general, la técnica de la talla de bulto o completa en sus manifestaciones.

Destaca entre estas obras el “Cristo” de la Sacristía del Museo Colonial de San Francisco. Se estima que es obra de mediados del siglo XVIII. Es una figura tallada a tres cuartos del tamaño natural, de policromía de colores amarillentos con sombras verde oliváceas y de efecto brillante, de suaves líneas anatómicas que le confieren la dulzura típica del arte quiteño.

El “Calvario”, hoy en el Museo del Carmen de Maipú, es otra excelente obra quiteña, que representa a la Virgen y a San Juan; ostenta una policromía muy delicada, con los trajes estofados en oro y los rostros de encarnadura brillante.

Un “Nacimiento” con la Virgen, San José y el Niño que posee el Museo de San Francisco, es otro de los hermosos ejemplos de escultura quiteña. Rostros y manos destacan por el fino tallado; los trajes están modelados con simplicidad y gran movimiento. La policromía es intensa y brillante, de luminosos verdes, rojos y azules de un estofado de complejas estilizaciones florales.

11. LOS JESUITAS Y EL BARROCO BAVARO

Los jesuitas impulsan durante el siglo XVIII un gran desarrollo artístico y cultural en Chile. Bajo su iniciativa sucede un gran desarrollo de la arquitectura, la pintura, la talla, la platería, las artesanías y las artes industriales como la herrería, cerrajería, carpintería, fabricación de géneros y paños, y la cerámica, con lo cual estimulan la creación de una industria y el aprovechamiento de las materias primas nacionales.

Los centros de producción se encontraban en sus haciendas de La Ollería, La Punta de Calera de Tango y Bucalemu.

Al arquitecto y escultor jesuita hermano Juan Bitterich(1675-1720) se le atribuye una de las tallas más bellas del período colonial, el famoso “San Sebastián de Los Andes”, hoy en la parroquia de Santa Rosa de Los Andes. Es una talla de madera, de espíritu y concepción europeos, elegante, de belleza clásica, en la que no hay exageraciones ni dramatismo, de un notable modelado pleno de dinamismo.

La notable escultura de “San Francisco Javier yacente” se atribuye al jesuita Jacobo Kellner. Escultura de tamaño casi natural, de tallado anguloso y expresivo, que se asimila a la sensibilidad de los estilos alemanes de mediados del siglo XVIII. El rostro y el cuerpo están sometidos a los tormentos de la muerte; la

policromía es austera. Esta obra se encuentra en el Museo de la Catedral de Santiago.

El bello púlpito de la Basílica de La Merced es atribuido al jesuita George Lanz. El tema es “Figuras de los Cuatro Evangelistas”, donde el artista despliega todo el dinamismo del rococó alemán con una policromía clara, que aligera el gran tamaño de la pieza.

12. LA IMAGINERÍA DE CHILOE

Probablemente, al impulso dado por los jesuitas se debe el desarrollo de la imaginería local en la Isla Grande de Chiloé y en el Archipiélago de los Chonos.

Estas tallas expresan la religiosidad mezclada con los mitos, leyendas y ritos de la zona, que vienen del indígena y del mestizo de la región.

La imaginería de la isla es anónima, caracterizada por el trabajo de las perfumadas y nobles maderas de la región, que dan nacimiento a rostros toscos y expresivos de santos y Cristos.

Estas tallas, nacidas del alma popular, muestran gran afinidad de técnicas, tipos y sensibilidad. El tallado perdura mucho más allá del período colonial y las últimas esculturas datan de alrededor de 1870.

Los procedimientos utilizados por la imaginería chilota son los mismos de la escultura colonial. Se tallan imágenes de candelero o bastidor, recubiertos con llamativos ropajes, enriquecidas con collares, coronas, aros, rosarios, báculos y sogas.

Los rostros primitivos y hieráticos, el encarnado de rostros y manos, varía según a quien se represente. Las tallas de la virgen son de rostros blanquísimos; los santos muestran rostros más oscuros al igual que los Cristos. A fin de aumentar el efecto dramático, los Cristos suelen quedar sin policromar.

El “Crucificado” de la iglesia de Achao, del siglo XVIII, semeja a un Cristo románico, de líneas duras y formas esquemáticas.

13. PRIMEROS ESCULTORES

—Ambrosio Santelices. (1734-1818). Su obra fue principalmente religiosa; trabajó la imaginería tallada y policromada. Se le atribuyen el “Escudo de la Familia Cañas”, obra de piedra tos-

ca y de influencia mestiza por su decoración, y una pequeña es-cultura de madera, retrato de Bernardo O'Higgins. Ambas se encuentran en el Museo Histórico Nacional. Esta escultura se encuentra sin policromar y con huellas visibles del desbaste de la madera.

—Ignacio Andía y Varela (1757-1822). Escultor de escasa producción, gozó en vida de gran fama; su obra marca la transición entre la Colonia y la República. Perdura su monumental “Escudo de Armas de España” ejecutado en piedra, destinado a ornamentar la Casa de Moneda. Hoy, gracias a Vicuña Mackenna, se encuentra ubicado en el Cerro Santa Lucía. Esta obra posee fuerza y una complejidad compositiva producto de la gran cantidad de símbolos esculpidos.

14. MANUEL DE SALAS Y LA ACADEMIA DE SAN LUIS

Se funda esta academia gracias al esfuerzo de Manuel de Salas en las postrimerías de la Colonia. El objetivo del establecimiento era la enseñanza de la geometría, la aritmética y el dibujo.

Los maestros de la Academia fueron Juan Martín de Petris, Ignacio Fernández Arrabal y José Gutiérrez, entre otros.

La clase de Dibujo en el Instituto Nacional con el advenimiento de la república —una vez que éste se incorporó a la Academia— fue impartida por artistas viajeros, hasta que en 1849 se fundó la Academia de Pintura.

15. ARTESANIAS, ARTES MENORES Y ARTES DECORATIVAS COLONIALES

Por razones de lo amplio de este interesante campo de las artes —mal llamadas menores— es necesario analizar algunas que, por su importancia, constituyen parte del patrimonio artístico colonial.

— **La ebanistería y el mobiliario colonial.** Se agrupan en esta clasificación los muebles de casa, los muebles de iglesia, altares y púlpitos y artesonados. De algunos muebles de uso doméstico de los siglos XVI y XVII, sólo se sabe por los inventarios, ya que no existen en el presente las camas de madera dorada y las mesas de plata.

— **Los bargueños o cofres de varios cajones**, decorados con madera dorada, bronce, marfil o carey han perdurado hasta hoy. El Museo Histórico Nacional conserva uno del siglo XVI, de madera sin dorar ni pintar, de bellas proporciones; existen, además, varios de los siglos XVII y XVIII. Este tipo de muebles es de origen español en su mayoría.

— **Los armarios**. Estos muebles suelen poseer tallas renacentistas y están adornados en ocasiones con hermosas coronaciones, tienen cuatro puertas y dos o tres cajones.

Existen muebles recubiertos con ornamentación a base de nácar, probablemente de origen filipino.

Son característicos de las casas chilenas, los sillones llamados fraileros, los cofres de cuero repujado y pintado, las mesas de madera de patagua inspirada en muebles ingleses y las mesas rectangulares decoradas con motivos geométricos, en otros.

En el siglo XVIII el mobiliario mejora ostensiblemente a raíz del contacto de los criollos con Europa y de un mejor nivel de vida. El mobiliario se compra en Inglaterra; muchas de estas piezas han llegado hasta nuestros días en casas y museos, hoy podemos encontrar muebles del estilo Reina Ana, Chippendale y Adams y muebles de Cantón que copian o siguen modelos ingleses.

A fines del siglo XVIII llegan de España los muebles “estilo Carlos IV” variante de Luis XVI. Se conservan de él cómodas, cujas, mesas pequeñas, pianos, canapés, etc., elaborados cuidadosamente.

La iglesia de San Francisco posee un artesonado que es de indudable valor artístico, además la bella puerta de la sacristía del siglo XVII, montada en gradas de alabastro, tallada con dibujos renacentistas al igual que las jambas y el dintel. Destaca también por su nobleza y sobriedad, la sillería del coro que pertenece al siglo XVI. En el techo de la sala de ingreso al museo es posible observar las bellas vigas de madera talladas al estilo mudéjar.

Entre los altares destaca el de la iglesia de la hacienda de la Compañía de Graneros, de madera decorada y de estilo barroco que probablemente proviene de un taller peruano del siglo XVIII.

En la iglesia de San Juan Evangelista se encuentra un altar de estilo rococó bávaro que se atribuye a los jesuitas. Es de her-

mosas proporciones y fino trabajo de ensamble y tallado de maderas.

— **La orfebrería y platería colonial.** La vajilla de plata era de uso común en todo hogar acomodado debido a la fragilidad de la cerámica y la escasez de la porcelana en el país. Hoy, la vajilla de plata ha desaparecido en gran parte, luego que la moda impuso el uso de la porcelana, en el siglo XVIII.

Otros objetos de plata que se elaboraron fueron los mates, sahumadores, atriles, incensarios, candelabros, custodias, cálices, copones, etc. de bella y cuidada ejecución.

Al siglo XVII pertenece la caja de la reserva de la Catedral de Santiago, de estilo barroco.

Obras sobresalientes del siglo XVIII: el templete neoclásico de la Iglesia de Santo Domingo, la guirnalda que adorna la hornacina de la Virgen de la Merced, de estilo rococó.

De los plateros y orífices jesuitas Juan Kohler y Francisco Pölandt han quedado numerosas obras de pericia y belleza. Estas obras hoy pertenecen a la Catedral de Santiago. Entre ellas destacan la gran custodia de plata dorada, con piedras preciosas de más de un metro de alto, y el cáliz de oro cincelado con escenas de la Pasión, de estilo rococó.

— **Los trabajos en bronce y hierro forjado.** Se destacan entre las obras de bronce la gran pila bautismal del siglo XVII de la parroquia del Sagrario de Santiago, la fuente fundida en 1671 que se encuentra en el Palacio de la Moneda, de la cual manaba agua potable (cuando estaba instalada en la Plaza de Armas).

El hierro origina desde simples rejas de ventanas de barrotes lisos hasta las de complejos dibujos vegetales con coronación y algunas veces con adornos laterales de estilo barroco. La gran puerta de hierro forjado coronada con un gran escudo de España, que se encuentra hoy en el Santa Lucía, es sin duda una pieza importante dentro de este arte.

— **Las lozas de las monjas.** Fueron famosas en el período colonial las lozas que provenían del monasterio de Santa Clara; la antigua loza policroma y aromática de variadas formas y de colores brillantes. (Loza que ha sido redescubierta y vuelta a elaborar, luego de haber desaparecido su fórmula por varios decenios).